

Estado de alarma

Los cien días que pusieron a España en jaque

Pablo Linde, Raúl Rejón,
Carlos Sánchez y Elena Sevillano

Prólogo y epílogo de Lucía Méndez

ÍNDICE

Prólogo: La quinta crisis	11
Introducción	21
1. UNA ENFERMEDAD NUEVA Y LEJANA	25
La ensoñación del mejor sistema sanitario del mundo	32
¿Emergencia internacional?	35
Parálisis en la fábrica del mundo	38
La primera comparecencia de Fernando Simón	40
2. EL VIRUS ESTÁ EN ESPAÑA	45
El primer caso llegó desde Alemania	46
El preludeo de la tragedia en los hospitales	48
El Mobile World Congress da la primera señal de alarma	52
La reunión de los guardianes europeos de la salud	54
Los primeros desabastecimientos	59
3. LA EXPLOSIÓN DEL VIRUS	65
Dos informes apuntaban el camino	68
Las primeras muertes	73
El fin de semana del 8-M	76

4. UN MERCADO ENLOQUECIDO	81
Falta de transparencia en las compras	85
El intento de centralizar las compras	87
Ni mascarillas ni gel hidroalcohólico	90
Las negociaciones en un despacho gubernamental	92
5. CONTENCIÓN AMPLIADA	97
Las primeras medidas contundentes	100
Toda España es zona de riesgo	103
Sánchez anuncia el estado de alarma	107
6. ESTADO DE ALARMA	109
Europa, epicentro del coronavirus	111
No hay suficientes diagnósticos	114
España se cierra	117
La decisión más difícil	120
7. EL INICIO DE LA CRISIS ECONÓMICA	125
Salud o economía	130
8. LOS HOSPITALES	133
Cuatro semanas desbordados	135
«Desesperación» en Madrid	137
Barcelona, «al filo de la navaja»	139
Un SOS en Castilla y León	142
9. LAS RESIDENCIAS	147
Un campo abonado para el virus	148
Sin sitio en las UCI	150
No hay espacio para todos	153
La «Operación bicho»	155
La angustia en las residencias de Madrid	158
10. UN PAÍS HIBERNADO	161
Dieciocho sistemas sanitarios	162
Las cifras siguen sin cuadrar	165
El cambio de criterio con las mascarillas	168

11. VUELTA A LA ACTIVIDAD	171
El cuello de botella de las pruebas	173
Material «averiado»	177
Varios equipos y poca claridad	180
Las salidas a la calle de los niños	183
Ni aplicación móvil ni encuesta serológica	186
12. LAS FASES	189
El «Plan para la Transición hacia una Nueva Normalidad»	192
El cierre de IFEMA	194
Los españoles salieron a la calle en mitad de una crisis	197
Los técnicos anónimos del cambio de fases	199
13. RADIOGRAFÍA DE UN DESASTRE ECONÓMICO	205
Más impuestos a las rentas altas	208
El papel del Banco Central Europeo	210
Un fondo de emergencia antipandemia	213
Tres paquetes contra el desastre económico	215
14. LAS ÚLTIMAS PRÓRROGAS	219
La batalla del cambio de fases	220
Los litigios de la pandemia	224
El recuento de fallecidos	227
La tragedia económica sigue a la humana	229
Una nueva forma de trabajar	231
15. EL FINAL DEL ESTADO DE ALARMA	237
La esperanza del turismo	239
El fin del mando único	241
Epílogo: Sobrevivir es todo	245

PRÓLOGO

LA QUINTA CRISIS

«Toda época tiene sus enfermedades emblemáticas. Así, existe una época bacterial que, sin embargo, toca a su fin con el descubrimiento de los antibióticos. A pesar del manifiesto miedo a la pandemia viral, actualmente no vivimos en la época viral. La hemos dejado atrás gracias a la técnica inmunológica. El comienzo del siglo XXI, desde un punto de vista patológico, no sería ni bacterial ni viral, sino neuronal. Las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad, el trastorno límite de la personalidad o el síndrome de desgaste ocupacional definen el panorama patológico de comienzos de este siglo.» Así comienza *La sociedad del cansancio*, uno de los libros más celebrados de Byung-Chul Han, del influyente filósofo de origen coreano afincado en Alemania. La obra de Han es el oráculo al que miles de personas acuden para comprender el mundo de hoy. Los oráculos también se equivocan.

Una década después de que Han decretara su final, el mundo entró en una «época viral» sin que nadie fuera capaz de detener la expansión de la patología. Desde el otro lado del mundo llegó un patógeno que puso patas arriba la vida y costumbres de todo el planeta. *Estado de alarma* es la crónica precisa, minuciosa, clara, rigurosa, esencial y obligatoria de la irrupción de la pandemia de coronavirus en España. El relato cabal de unos meses que nos

arrebataron nuestras certezas y seguridades de sociedad avanzada, nuestra pretendida inmunidad viral y vital, para situarnos frente a todas nuestras vulnerabilidades y flaquezas.

España celebró la llegada de 2020 con optimismo, después de un 2019 en la montaña rusa de dos elecciones generales. La Navidad fue el último momento de celebración que se recuerda. Tan lejano ya. La primavera desapareció en el encierro. Llegó el verano y los españoles se despertaron después de una noche negra de enfermedad y muerte con la mascarilla puesta, a distancia de los demás, sin poder tocarse. El coronavirus se adueñó del país, llevándose antes de tiempo a decenas de miles de personas, ancianos, enfermos, médicos y personal sanitario. En número oficialmente indeterminado: 40.000, 50.000... Quizás más. Los pensadores, los escritores, los creadores y las redes no tuvieron que molestarse en buscar distopías en la ficción. Las encontraron a la puerta de casa. La nueva peste llegó a España a traición y pilló al país desnudo, inane, sin armas para combatir la fiereza y la crueldad de la agresiva pandemia. Una inclemente y destemplada sensación de irrealidad y desamparo se adueñó de la vida de los españoles, mientras las instituciones se desbordaban por una despiadada y terca realidad. El gran objeto simbólico de la pandemia —la mascarilla— resume la impotencia de un país. En marzo, las autoridades sanitarias desaconsejaron el uso de la mascarilla porque no era necesaria. En junio, la hicieron obligatoria porque era imprescindible para detener el coronavirus. La razón de ese cambio de criterio no fue sanitaria ni epidemiológica. Fue simple y corriente, a la vez que triste y penosa. En marzo no había ni una mascarilla en las farmacias. En junio, España entera se llenó de mascarillas que los españoles podían comprar en cualquier sitio. Muy parecidas a las que se usaron contra la gripe en 1918.

Una pandemia descontrolada era lo único que le faltaba al periodo más convulso que ha vivido España desde la Transición. Las cuatro crisis —económica, social, territorial y de partidos— que

agitaron y conmocionaron al país como nunca desde la Transición se habían cronificado —encapsulado, en lenguaje de hoy— cuando llegó 2020. Las crisis eran parte del paisaje y de la normalidad política. Varias generaciones se habían hecho adultas sin conocer otra palabra para definir la realidad española más que «crisis». Las instituciones del país aguantaron, mal que bien, esas pruebas de resistencia. A comienzos de 2020, los españoles habían decidido vivir, trabajar, divertirse, reír o llorar al margen de la política y del bloqueo institucional. Cuatro elecciones generales en lo que dura una legislatura. Aún algo renqueante por las cicatrices sociales de la Gran Recesión, España veía el final del túnel y estrenó año nuevo y Gobierno nuevo. Nuevo e inédito, ya que era un Ejecutivo de coalición PSOE-Unidas Podemos. En 2019, este Gobierno le producía pesadillas a Pedro Sánchez. En enero de 2020, nombró vicepresidente a Pablo Iglesias porque los electores no quisieron darle al líder socialista lo que les pidió: más escaños. Tropezón a tropezón, el resistente y superviviente Sánchez se disponía a demostrar que era posible una España gobernada por una coalición de izquierdas. Hasta que llegó el 8 de marzo y sucedió lo imposible. De la noche a la mañana —y no en sentido figurado, sino literal— se triplicaron los contagios por COVID-19 y los españoles empezaron a caer por una pendiente parecida a la que conduce al infierno sin que nadie los hubiera preparado para la mayor calamidad desde la gripe mortal de 1918.

La semana anterior al 8 de marzo, el Gobierno de la nación solo tuvo ojos para la Ley de Libertad Sexual, y la oposición para un escándalo que se llamó «caso Delcy». Dos feminismos presentes en el Consejo de Ministros —el clásico socialista de Carmen Calvo y el *queer* de Irene Montero— libraron un combate intenso, impetuoso y apasionado. Mientras el virus avanzaba invisible y en silencio, escondido en las maletas de los viajeros, en las residencias de ancianos, en los hospitales, en las celebraciones familiares, en los transportes públicos, en los restaurantes,

en las discotecas y en los estadios, las pancartas del 8-M decían: «El machismo mata más que el coronavirus». Algunos españoles —pocos y algo hipocondríacos a juicio de los médicos— ya no saludaban, besaban, ni tocaban a familiares y amigos.

No hay rastro del coronavirus donde se hace la política nacional, en los diarios de sesiones de Congreso y Senado anteriores al 8 de marzo. Mejor dicho, hay un pequeñísimo rastro. A finales de febrero, el líder de la oposición, Pablo Casado, reprochó a Pedro Sánchez el diálogo con los independentistas e hizo una leve referencia a Salvador Illa: «Hasta se lleva al ministro de Sanidad para negociar con el virus independentista en vez de estar poniendo medidas para paliar los efectos del coronavirus».

Hay otra señal más significativa de la que nadie quiere acordarse. El Ministerio de Trabajo que dirige Yolanda Díaz publicó el 6 de marzo una guía para la actuación en el ámbito laboral en relación con el coronavirus. Por si acaso. Alarma injustificada, dictó con enfado la Moncloa. Presidencia del Gobierno emitió un comunicado de inmediato para calmar la inquietud de empresarios y trabajadores. Nadie pensó en desconvocar la marcha feminista encabezada por el Gobierno. El 8-M se convertiría en el pecado original de la gestión del Gobierno, aunque eso estaba muy lejos de imaginarse aquella tarde festiva en las calles de Madrid.

Una vez desinflados los globos morados, llegaron la pesadilla y el caos. Un país y sus instituciones atropelladas por acontecimientos nunca vistos, ni siquiera imaginados. Cien años hacía de la última pandemia. «Nuestro error principal fue creer que estábamos solo ante una crisis sanitaria. No supimos apreciar que Italia no era China, que Italia estaba aquí al lado, y los aviones seguían despegando y aterrizando.» La quinta crisis —como la peste, uno de los jinetes del Apocalipsis— acabó de un manotazo con la expectativa de dejar atrás las penas de la Gran Recesión. Los acontecimientos pasaron por delante de los incrédulos ojos de los españoles a una velocidad que casi era imposible seguirlos.